

BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEON



NOS EL DR. D. FRANCISCO GOMEZ-SALAZAR Y LUCIO-VILLEGAS,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE LEON, CONDE DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES
DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIAN, ETC., ETC.

Al Venerable Clero y amados fieles de nuestra Diócesis,
salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Communicantes Christi passionibus gaudete ut et in revelatione gloriae ejus gaudete atque exultantes.

(1 Pet. c. 4. v. 13)

Compartiendo los dolores de Cristo, alegraos, para que en la manifestación de su gloria os alegréis también con júbilo.

Cuando el Verbo Divino, revistiéndose de nuestra carne en el seno virginal de María, aparece en la tierra y se presenta á las adoraciones de los pastores de Belén ó de los Magos de Oriente, sin los resplandores de gloria que le coronan en las moradas del cielo, el corazón del hombre se dilata con una suavísima dulzura, llena de gratitud a a par que de profunda

admiración, al verse tan tiernamente amado por un Dios misericordioso, y siente delicias ignoradas y placeres jamás en la tierra gustados al contemplar aquel Niño que llora en la tierra á la vez que reina en el cielo y que por tan admirable modo compendia y enlaza en sí mismo todas las humanas flaquezas con todas las grandezas divinas.

Mas cuando en el Santo Evangelio seguimos paso á paso los inescrutables caminos de la Providencia, y vemos que este Jesús tan amado del Padre que *solo en Él tiene sus complacencias*, (1) tan superior á los ángeles que, *al verte entrar en el mundo le adoran con profundo rendimiento*, (2) y de tanta virtud adornado que *á su nombre se postran los cielos y la tierra y los abismos*, (3) vino al mundo á servir y no á ser servido, (4) y, en virtud de esta servidumbre, le vemos en el huerto de las olivas *triste hasta la muerte* entregarse en manos de sus enemigos y como cordero inocente ser conducido de tribunal en tribunal entre inhumanos sayones, y después de arrostrar con inefable mansedumbre las calumnias de los falsos testigos y los azotes de los verdugos, abrazarse con amorosas ansias á la cruz en que ha de dar su vida lleno de humillaciones y tormentos; cuando aparece en el calvario desfigurado y exangüe, confundido con malhechores y reputado criminal y sedicioso, desnudo, acardenalado, sin consuelo, coronado de espinas, abandonado de Dios y escarnecido por los hombres, clavado en la cruz y perseguido en la agonía por los insultos y sarcasmos de los escribas y fariseos; cuando así le vemos morir *hecho el desprecio del mundo y la befa de la plebe*, un pavor lleno de negras tristezas invade nuestro espíritu y tiembla con estremecimiento de horror nuestro pecho, como temblaron las rocas que recibieron la sangre del Justo inicua-mente derramada y se nublaron los soles que contemplaron su agonía, sin acertar á concebir como la justicia de Dios pudo consentir tamaño sacrilegio ni la creación soportar el peso de tan horrendo crimen.

(1) Mat. 3, 17.

(2) Ad Heb. 1, 6.

(3) Ad phil. 2, 101.

(4) Mat. 20, 28.

En la encarnación del Verbo Divino la misericordia de Dios nos llena de alegría y nos hace entrever las mansiones de la gloria en que reinan los ángeles; la sed insaciable de nuestro espíritu se vé satisfecha y las ansias de nuestro corazón colmadas por la abundancia de las bondades paternas de un Dios que en todo quiso asemejarse al hombre, y se comprende el profundo sentido que encierran y las fuentes de consuelo que atesoran aquellas palabras de Moisés (1): *No hay pueblo alguno que tenga el regalo de acercarse á sus dioses, tanto como nuestro Dios se acerca á nosotros*: En la Pasión de nuestro Salvador, la malicia del hombre nos aterra y el luto de la creación nos lleva á considerar el día nefando en que el demonio y sus ángeles heridos por la justicia de un Dios irritado, cayeron como centellas en el infierno de todos los horrores y nos hace temer que el fuego del cielo caiga sobre la tierra como cayó sobre Sodoma en los tiempos de su prevaricación nefanda.

Estos mismos sentimientos debieron invadir el corazón de los verdugos que pusieron sus manos en el cuerpo sagrado de nuestro Salvador, al contemplan las tinieblas que sobre el mundo vinieron después de consumada su iniquidad; y los escribas y fariseos y el pueblo de Jerusalén lleno de espanto debió esperar que la cólera del cielo se derramara sobre la tierra como en otro diluvio, cuando el Centurión romano al descender del Gólgota golpeaba su pecho, exclamando, (2) *Verdaderamente este era hijo de Dios*.

No era, sin embargo la muerte del Justo el principio de la ruina, sinó de la salvación del mundo, y el misterio del Calvario terminaba la obra comenzada en el seno de María; porque la misma Providencia *que después de haber hablado muchas veces por los profetas, quiso enseñarnos últimamente por medio de su Hijo* (3) dispuso que este mismo Hijo, hecho hombre, se ofreciera por la salud de sus hermanos para que la *sangre de Jesús más piadosa que la de Abel* (4) pidiera siempre al

(1) Dent. 4, 7.

(2) Mat. 37, 54.

(3) Ad heb. 1, 1.

(4) Ib. 12, 24.

cielo misericordia y perdón para los pecados de los hombres; y aunque el crimen de los judíos obra fué de su obstinación y perfidia, ningún poder hubieran tenido sobre nuestro Redentor los jueces criminales y los sacerdotes hipócritas sin el decreto de la eterna voluntad y sin la obediencia de nuestro Señor Jesucristo, el cual era libre para poner su alma ó para no ponerla y nadie pudiera arrebatársela violentamente si Él no la hubiese ofrecido con entera liberalidad é independencia (1).

Más el pecado había manchado la tierra y la descendencia del hombre llevaba sobre los hombros el peso de la maldición divina que le había cerrado para siempre las puertas de la bienaventuranza y no había ni en el cielo ni en la tierra criatura alguna capaz de restablecer la paz entre Dios airado y el hombre pecador, satisfaciendo cumplidamente á la Divina justicia, y en esto se recomienda la caridad de Dios para con nosotros que cuando estábamos muertos por el pecado, nos dió á su Unigénito que murió por nosotros (2), para que con su sangre fuéramos regenerados, y de este modo el que no había conocido el pecado se hizo víctima por los pecadores y borró el decreto de muerte lanzado contra los hombres, clavándole á la Cruz en el Calvario (3).

Esta era la voluntad de Dios que nuestro Redentor había venido á cumplir en la tierra y á la cual obedeció en todos los momentos de su vida; por eso cuando el Apóstol San Pedro, después de haber confesado la Divinidad de Cristo, ignorando los caminos de la divina Providencia y atendiendo á sus afectos carnales se horroriza de su pasión y le dice: (4) *Lejos de tí, Señor, todo eso que dices*, el Divino Maestro le reprende con cierta dureza: *apártate de mí, satanás, porque me escandalizas y no piensas cosas del cielo sinó cosas de la tierra*; y en el huerto de las olivas cuando desfallece con la violencia del dolor y la parte sensible flaquea, al fin como humana, á la vista de la cruz, exclama para fortalecerse: *Padre mío, si es posible, pase de mí este caliz de amargura, más no*.

(1) Joan. 10, 18.

(2) Ad rom. 5, 8.

(3) Ad col. 2, 14.

(4) Mat. 16, 22.

se haga mi voluntad, sino la vuestra, (1) y Jesús que hacía siempre lo que era grato á los ojos de su padre, sale á recibir á sus perseguidores y se entrega en las manos del discípulo traidor evitando toda resistencia por parte de sus discípulos con estas palabras que revelan por sí solas toda la rendición y obediencia de su voluntad humana; ¿dejaré, por ventura, de apurar el caliz que mi padre me ha preparado? (2)

Esta obediencia de nuestro Señor Jesucristo hasta la muerte de Cruz le mereció un nombre que está sobre todo nombre; ante el cual se postran los cielos y la tierra y los abismos (3) y á nosotros la justicia por la cual nos llamamos y somos hijos verdaderos de Dios, porque han llegado por Cristo aquellos días en que el Señor consumará, como dijo por el Profeta, (4) en la casa de Israel y de Judá un nuevo testamento muy superior al otro que hizo con sus padres cuando, en el poder de su diestra, los sacó de la servidumbre de Egipto; porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros mezclada con la ceniza de la ternera en los antiguos sacrificios purificaba á los inmundos de las manchas carnales, cuanto más la sangre de Cristo que por el Espíritu Santo se ofreció á sí mismo en sacrificio inmaculado, limpiará nuestras conciencias de pecados para servir al Dios vivo? (5) Convenía por tanto, que Cristo padeciera todos estos dolores á fin de que por ellos entrara en el cielo, (6) como conquistador esforzado, dejándonos ejemplo (7) que nos alentara á seguir sus huellas, como Él lo había dicho en la noche suprema en que celebraba la Pascua con sus discípulos (8) ejemplo os he dado para que así como yo he obrado, así obreis vosotros.

Inspirados en estos ejemplos tan autorizados, los Apóstoles del Señor predicaron por todas partes la buena nueva, llevando como distintivo de la fé la cruz de Cristo é inculcando

(1) Mat. 26, 39.

(2) Joan. 18, 11.

(3) ad phil. 2, 10.

(4) Jer. 33, 31.

(5) ad Heb. 9, 13 et 14.

(6) Luc, 9, 4, 26.

(7) I Pel. 2, 21.)

(8) Joan. 13, 15.

en todos los fieles el espíritu de penitencia y mortificación que de ella naturalmente emana, teniendo á grande consuelo padecer en toda ocasión y lugar por Cristo que tanto había por nosotros padecido, y llevando en su vida molesta y llena de privaciones, en sus penitencias y padecimientos el distintivo de la fé que profesaban y por la cual estaban dispuestos á derramar su sangre. Pero en nuestros tiempos la materia parece apoderarse nuevamente del espíritu y engañados los hombres por las seducciones de la carne, apenas se encuentra un corazón cristiano que conformando sus acciones y deseos con las obras y sentimientos de nuestro Señor Jesucristo escuche con docilidad la invitación del Divino Maestro que nos dice (1): *El que quiera venir en pos de mí niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*

La senda marcada por nuestro Redentor, es cierto, está sembrada de espinas y salpicada de sangre, pero Él, primero que nosotros, la cruzó del uno al otro extremo poniendo en las asperezas del camino las dulzuras de su gracia divina, para que más fácilmente pudiéramos vencer las dificultades y salvar los peligros, contando con el auxilio poderoso de su mano omnipotente, que siempre se muestra misericordiosa con nuestras flaquezas, según nos lo asegura aquella promesa que, como divina, jamás podrá quedar sin cumplimiento: *Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados que yo os ayudaré* (2) *porque mi yugo es suave y mi carga ligera.* (3)

Esta relativa facilidad que quiso nuestro Señor poner en el cumplimiento de su ley santa y que consiste principalmente en el amor de Dios por tan extraordinarios portentos manifestado en la vida y muerte de Jesucristo; no excusa en manera alguna, antes, por el contrario, debe estimular en nosotros la santa virtud del sacrificio, recordándonos el deber estrechísimo en que estamos de responder á la gracia que hemos recibido y la necesidad que tenemos de asemejarnos á Cristo, sujetando los deseos de nuestra concupiscencia carnal y haciendo guerra sin tregua ni

(1) Mat. 16, 18.

(2) Mat. 11, 28.

(3) ibi. 11, 30.

descanso á nuestras propias pasiones y apetitos mundanales, porque *el reino de los cielos* (1) *padece violencia y los esforzados le arrebatan; sitiémosle por tanto, dice San Ambrosio comentando este pasage del Evangelio, no con armas, ni máquinas de guerra, sinó con la mansedumbre, las buenas obras y la castidad; estas son las armas de nuestra fé, armados de las cuales venimos á la lucha; mas para que estas armas puedan sernos de alguna utilidad, sometamos primero la rebeldía de nuestra carne, destruyamos los vicios de nuestra concupiscencia á fin de que consigamos el premio de las virtudes porque primeramente debemos reinar en nosotros mismos si queremos hacernos aptos para conquistar el reino del Salvador* (2).

No es otro el fin, muy amados hijos nuestros, que la Iglesia se propone en la Santa Cuaresma que hoy comenzamos y que á la vez que nos sirve de preparación conveniente para celebrar los misterios de nuestra redención, nos acerca y aproxima por las mortificaciones y penitencias á nuestro Redentor Jesucristo y nos dispone á guardar fácilmente la rectitud necesaria á nuestra profesión de cristianos, porque *con el ayuno corporal, dice en el prefacio de este Santo tiempo, reprime el Señor los vicios, levanta el corazón de las cosas terrenas y otorga virtudes y recompensas de gloria.* Aprovechemos, por tanto, este tiempo de salud, para hacer penitencia de nuestros pecados y arraigarnos en la práctica de todas las virtudes, no sea que caiga por nuestro descuido sobre nosotros la tremenda imprecación que lanzó nuestro Señor Jesucristo sobre Corozain y Betsaida, sordas á las predicaciones de nuestro Salvador y ciegas á la luz de la verdad que en vano trató de iluminarlas con celestiales resplandores. Aceptad con gusto las pequeñas privaciones que trae consigo el tiempo cuaresmal, *fijando vuestras miradas, como dice el Apóstol, (3) en Jesús que, siendo inocente, padece de parte de los hombres pecadores tantas persecuciones y tormentos, á fin de que vosotros no desfallezcáis*

(1) Mat. 11, 12.

(2) San Amb. Senten. 5 S. Luc.

(3) ad heb. 12, 13, et 4.

en los trabajos, porque aun no habéis resistido al pecado hasta derramar sangre como Él derramó la suya por vosotros.

Jesucristo, nuestra gloria, reconcilió al hombre con Dios por medio de su pasión y muerte, mas no será coronado sinó el que pelear varonilmente (1) y si Él, siendo Hijo de Dios, llegó al trono de los cielos después de haber luchado con varonil esfuerzo, vana será nuestra esperanza si no procuramos por nuestra parte asemejarnos al divino modelo que se nos dió en el Calvario *¿Si esto se hace en el árbol verde, qué se hará en el seco?* (2) si Él, sin pecados, tantos padecimientos sufrió, ¿cuánta será la necesidad que debemos tener nosotros de padecer puesto que todo hombre dice San Juan tiene pecados? Y advertid, mis amados hijos, que en la justificación del hombre, lo mismo que en la redención, se cumple de una manera admirable la palabra del Profeta, (3) *la misericordia y la verdad se encuentran en el camino, y la paz y la justicia se dán un ósculo de amor. Sin la efusión de sangre no hay redención*, y así en el más alto misterio de la divina misericordia que es la muerte de nuestro Redentor, podemos más que en ninguno otro punto admirar la severidad de la divina justicia; el hombre se reconcilia con Dios por una generosidad inefable de la bondad divina que nos entrega á su Hijo, mas no sin que este Hijo, sobre el cual puso Dios las iniquidades de todos nosotros, (4) pagara con sus dolores la deuda por nuestras infidelidades contraída, porque el Señor, que es piadoso hasta lo infinito con el pecador á quien liberalmente colma de gracias, es igualmente inexorable con el pecado al cual castiga siempre según su santidad y grandeza.

Mortificad, por tanto, os diré con el Apóstol (5) *vuestrs carnales apetitos y arrojad de vosotros la incontinencia, la lujuria y la avaricia por las cuales viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad; reprimid la ira, la indignación la malicia, la blasfemia y las torpes conversaciones; despojaos*

(1) 2 ad Tim. 2, 5.

(2) Luc. 13, 31.

(3) Ps. 84, 11.

(4) Isai. 53. 5.

(5) Ad col. 3, 5.

del hombre antiguo con sus pecados y vestíos del nuevo regenerado conforme á la imagen del Creador y tened entrañas de misericordia viviendo en benignidad, humildad, modestia y paciencia; para que compartiendo las pasiones de Cristo (1) tengáis en la revelación de su gloria parte en sus alegrías, porque si con Él padecemos (2) con Él seremos glorificados.

II

Este es, muy amados hijos nuestros, el único camino que puede llevarnos derechamente á nuestra santificación; y no hay esperanza que no sea vana, si deja de asentarse sobre este sólido cimiento, principio fundamental de la Iglesia verdadera, porque *no hay otro nombre debajo del cielo dado á los hombres para que sean salvos sinó el nombre de Jesús* (3), y este nombre significa siempre humildad y mansedumbre, penitencia y mortificación cristiana, y sin temor de equivocarnos, podemos asentar, como axioma de moral, que cuanto más crece este espíritu de sacrificio, tanto más florecen las virtudes que en la doctrina del Salvador se contienen, así como decae el espíritu cristiano y se entibia el fervor en la misma proporción cuando se olvida y abandona.

Porque si nuestro Maestro divino al venir á la tierra no hubiera predicado una moral tan severa, si su doctrina santa que brilla por sí misma con todos los resplandores de la verdad, no hubiera impuesto preceptos difíciles de cumplir y duros de observar para nuestra corrompida naturaleza, más escasos hubieran sido sus enemigos y menos repugnancia hubiera encontrado entre los hombres; y las mismas virtudes cristianas son en sí mismas tan hermosas, que naturalmente el hombre después de conocerlas las amaría, si no impusieran el sacrificio de las propias pasiones carnales y mundanas que, como, levadura maldita, llevamos dentro de nuestro corazón terreno.

Esta es la lucha de que nos habla el Apóstol cuando dice; (4) *Sé por experiencia que no habita en mí, esto es, en mi carne,*

(1) 1 Pet. 4, 13.

(2) Ad cor. 12 16.

(3) A et. 4, 12.

(4) Ad rom. 7, 18 et seq.

la bondad, porque el quererla está en mí, mas no encuentro modo de ponerlo por obra; porque no hago lo bueno que deseo sino lo malo que aborrezco; así que cuando yo quiero hacer el bien me encuentro con una ley ó inclinación contraria, porque el mal es inherente á mí y aunque me agrada la ley del Señor según el hombre interior, mas encuentro en mi naturaleza material otra ley contraria que repugna á la ley del espíritu y me inclina al pecado, ¡infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?

Solo la gracia de Dios por Jesucristo, como responde el mismo Apóstol, es la que ha podido hacer triunfar en nuestra naturaleza viciada el bien, y que las virtudes germinen en nuestro corazón que como tierra maldita por el pecado, no produce naturalmente mas que abrojos de malas pasiones y espinas de reprobadas obras, contra las cuales es necesario trabajar varonilmente y derramar el sudor copioso de nuestras oraciones y penitencias, como el labrador incansable combate en su campo la cizaña que ahoga en germen los frutos saludables.

Pero el mundo no quiere entender, seducido por los efímeros pasatiempos de la carne, estas verdades de eterna vida y, lo que es aun mas lamentable y doloroso, el pueblo cristiano las olvida con frecuencia y siguiendo en su modo de vivir y de obrar los ejemplos de impiedad, que no faltan desgraciadamente en nuestros aciagos días, duerme tranquilo en la falsa paz de sus errores sin advertir que paulatinamente pierde el fervor primitivo y pone en gran riesgo la salvación de su alma; «*Levantáos varonilmente, amados hijos nuestros. y mirad con los ojos de vuestra fé inmortal las pasajeras vanidades de la tierra y comparadlas con las eternas promesas á que vuestro nombre de cristiano os llama y no queráis conformaros con este siglo, sino reformándoos, según el espíritu de nuestro Salvador (1) porque nada son las luchas de este mundo comparadas (2) con la gloria que por ellas habéis de merecer, pues que esta ligera y momentánea tribulación nos grangea un peso eterno de dicha y bienaventuranza (3).*»

(1) Ad rom. 12, 2.

(2) 8, 18.

(3) 2 ad cor. 4, 17.

Cuanto mayor sea la necesidad que tenemos de abrazarnos presurosos con la cruz de Cristo, y gloriarnos en esa enseña de honor para nosotros, así como de escándalo para el mundo, lo advertiréis desde luego, si queréis meditar en los males que de nuestra flojedad proceden y en los nuevos y mas rudos combates que cada día hemos de sostener; *porque en estos momentos está empeñada la lucha no solo contra la carne y contra la sangre, sinó en contra de los grandes y poderosos en contra de los señores de este mundo de tinieblas, (1) y necesitamos estar armados con las armas de nuestra fé para poder resistir en el día de la tribulación, que parece acercarse rápidamente.*

Y ¿cómo podrá luchar con ventaja contra los enemigos de fuera el que no ha sabido vencer á los rebeldes que dentro de su casa tiene? ¿Cómo podrá el cristiano defender á Cristo públicamente y aspirar á que su nombre sea bendito por todos y su soberanía por todos respetada, si dentro del corazón no ha podido levantarle un altar con los despojos de sus pasiones dominadas y de su concupiscencia vencida?

Ay! amados hijos nuestros! que si el espíritu de las tinieblas vuelve de nuevo á enseñorearse del mundo del cual fué arrojado por Nuestro Señor Jesucristo, que si la apostasía va cundiendo por todas partes como plaga horrible que lleva la muerte á las almas, que si el espíritu cristiano en fin va dejando de ser el alma de las naciones y de los pueblos, en nuestra tibieza tiene principio el mal de que tanto nos quejamos y quizá nos alcanza gran parte de responsabilidad en este daño lamentable.

Nos olvidamos neciamente de que *es una milicia nuestra vida sobre la tierra*, hemos querido conciliar la luz con las tinieblas y á Cristo con Belial y, por una pereza excesivamente nociva, hemos desatendido los intereses de Dios por atender demasiado á los intereses del mundo, hemos sido discípulos cobardes que huímos en el tiempo de la tribulación y ante los lazos de la carne y de la sangre, ante las comodidades de la vida ó la infausta tranquilidad de nuestro pacífico reposo, no

(1) Ad ephe. 6, 12, et seq.

hemos tenido un arranque varonil para protestar siquiera de nuestra adhesión á la fé que profesamos; hemos dormido descuidados mientras el hombre enemigo sembraba en el campo la cizaña y ¿quién será capaz de contar los males que por vuestra vergonzosa inacción ha tenido que lamentar la Iglesia de Cristo y las almas que han caído por nuestras culpas?

No, muy amados hijos nuestros, los intereses de Dios no pueden avenirse con los intereses del mundo, ni el apego carnal á las cosas terrenas se compadece con la salud de nuestra alma; que para estas ocasiones pronunció el Divino Maestro aquellas enérgicas palabras (1) *No penséis que he venido á traer la paz sino la guerra; y el que ama á su padre ó á su madre más que á mí, ese no es digno de mí, y el que no toma mi cruz y me sigue, no es digno de mí el que guardare su alma, la perderá, y el que por mí la perdiere ese la encontrará;* si, pues la salvación de nuestra alma está en peligro y sólo á costa de este sacrificio podemos asegurar nuestra vida, sigamos el consejo de nuestro Señor que nos dice (2) *si tu mano ó tu pie ó tu ojo te escandaliza, arráncale y arrójale de tí, porque más vale sin estas cosas entrar en la gloria eterna que ser arrojado con ellas á los abismos del infierno.*

Tiempo es ya de que despertemos de nuestro letargo y demos pruebas de nuestro celo por la gloria de Dios y de la caridad fraterna que debe arder en nuestros corazones, si de veras hemos sido trasladados de la muerte á la vida; la ruina de las almas que alejadas de la fuente purísima que mana del costado abierto de nuestro Salvador, beben hoy en cisternas cenagosas que envenenan y matan; la paz de las conciencias turbada por el espíritu del mal y convertida en odio satánico que amenaza continuamente mayores males, cuya trascendencia apenas alcanzamos á ver; la sangre de Cristo que fué por nosotros derramada, todo nos urge á defender nuestra fé santa, comenzando por renovar nuestro espíritu, purificando nuestra alma con la mortificación y penitencia, para que nuestras obras sean meritorias ante los ojos de Dios y fecundas en frutos de gracias para nuestros hermanos.

(1) Mat. 10, 34, 37 et 38.

(2) Mat. 5, 9.

No lo conseguiremos, es verdad, sin padecimientos y contradicciones, *porque todo el que quiere vivir piadosamente en Cristo padecerá persecución por la justicia*, pero El, antes que nosotros, padeció, y estos padecimientos son prenda de eterna ventura, *bienaventurados cuando os persigan y digan todo mal contra vosotros, calumniándoos por mí causa; alegráos aquel día, porque vuestra recompensa es grande en el cielo* (1).

¡Oh! si los cristianos escucharan estas palabras del Salvador y en ellas inspiraran su conducta, cuán de otra manera serían mirados los intereses de la religión y los derechos de la Iglesia á la vez que las almas volverían al redil de Cristo y los errores huirían avergonzados ante la luz esplendorosa de la revelación divina.

Mientras llega esta hora, muy amados hijos nuestros, que acaso no esté lejana, preparémonos con la oración y la práctica de todas las virtudes, y en cuanto esté de nuestra parte, rechazando vanos temores, sigamos francamente á Nuestro Redentor Jesucristo y salgamos á su defensa, llevando *sobre nosotros las ignominias* (2) que á su sagrada persona se dirigen y ya que no consigamos otro mayor provecho, podremos exclamar con el Apóstol: *hemos peleado la buena pelea, hemos cumplido nuestro deber, hemos guardado la fé. en premio de lo cual nos está preparada una corona que recibiremos de Cristo, justo juez en el día de nuestra muerte* (3).

En prenda de la eterna gloria que de todo corazón os deseamos, implorando sobre vosotros la gracia del Señor, os bendecimos en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

León, 12 de Febrero de 1902.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi Señor,

Dr. Adolfo Pérez Muñoz,

Maestrescuela-Secretario.

Los Sres. Párrocos y Ecónomos leerán á sus feligreses esta nuestra Carta Pastoral en uno ó más días festivos al ofertorio de la Misa.

(1) Mat. 5, 12.

(2) ad heb. 13, 13.

(3) 2 ad Tim. 4, 7 .

CIRCULAR

sobre el Jubileo Pontificio de Su Santidad León XIII

Venerable por su ancianidad, grande por su ciencia, santo por sus virtudes y augusto por el sagrado carácter que su misión divina le confiere, el Romano Pontífice León XIII se dispone á ccelebrar el vigésimo quinto aniversario de su elección para Vicario de Cristo en la tierra. Su vida, conservada milagrosamente para utilidad y esplendor de la iglesia católica, cuanto mas parece estar tocando al término por la edad, tanto es mas amada del pueblo cristiano, que espera de él en los tiempos calamitosos en que vivimos, nuevas glorias que añadir á las múltiples que su acierto y sabiduría ha sabido conquistar en los ya dilatados años que rige la navecilla de San Pedro, y cuando sus enemigos se han visto obligados á rendirle el tributo de admiración y acatamiento que sus raras dotes y señalada prudencia merecían ¿Qué podremos decir del afecto tiernísimo con que sus hijos obedientes le veneran y de los fervientes votos que por su vida hacen diariamente al Cielo?

Más, si la Divina Providencia, escuchando amorosa los gemidos de la Iglesia, ha querido prolongar sus días y darnos el consuelo de estar protegidos por su admirable sabiduría en tiempos tan aciagos, obligación nuestra estrechísima es corresponder con el homenaje de nuestro agradecimiento á la paternal misericordia del Señor y sobrepujar en esta fecha memorable las muestras de nuestro filial amor y adhesión inquebrantable al anciano Pontífice, que, preso en el Vaticano, tiene un altar en el corazón de cada uno de sus hijos y un hijo en cada uno de sus fieles.

No necesitamos, por tanto, estimularos á celebrar con todo júbilo esta fiesta de familia en la que todos, estamos seguros, habréis de rivalizar en manifestaciones de santa alegría, hemos pretendido solamente con estas letras certificaros de nuestros sentimientos para que tengáis confianza de que vuestro Prelado os acompaña y preside en este universal testimonio de amor al anciano Pontífice; por cuya conservación

ruega toda la Iglesia; y dejando á la iniciativa particular las obras especiales que vuestra devoción os sugiera, ordenamos que en el próximo día veinte del presente mes, vigésimo quinto aniversario del glorioso pontificado de Su Santidad el Papa León XIII, se celebre en todas las Iglesias del Obispado, como lo haremos, de acuerdo con el Excmo. Cabildo, en nuestra Santa Iglesia Catedral, una Misa solemne con exposición del Santísimo, cantándose un *Te-Deum* al fin de la misma en acción de gracias al Todopoderoso por tan extraordinario beneficio concedido á la Iglesia con la prolongación de la preciosa vida de su Cabeza visible.

En el primer día festivo los Sres. Curas darán lectura á los fieles de esta nuestra Circular y del importante documento que acerca de este asunto se publicó en el número 35 del BOLETÍN DEL CLERO correspondiente al día 5 de Septiembre del año próximo pasado.

León 12 de Febrero de 1902.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.



CUMPLIMIENTO PASCUAL

El tiempo hábil para el cumplimiento pascual en nuestra Diócesis, dará principio, en virtud de facultad especial de la Santa Sede, en la dominica tercera de cuaresma y terminará el domingo de la Santísima Trinidad.

Durante este tiempo quedan facultados todos los Sres. Sacerdotes, que tengan las licencias de confesar en este Obispado, para absolver de los casos reservados Sinodales y rehabilitar *ad petendum debitum* en la forma y con las condiciones ya expresadas en nuestras circulares y exhortaciones Pastorales de años anteriores.

Terminado que sea el plazo del cumplimiento y de conformidad con lo ordenado en la Constitución Sinodal CLXVII, todos los encargados de la cura de almas cuidarán de remitir á nuestra Secretaría de Cámara relación nominal de las personas que en cada feligresía hubiesen dejado de cumplir con el precepto.

León, 12 de Febrero de 1902.

† EL OBISPO.

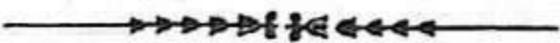


**Asociación de SUFRAGIOS MÚTUOS del Clero
de la Diócesis.**

Ha manifestado por conducto del Sr. Arcipreste de Valdeburón de Arriba que desea pertenecer á la Asociación é ingresa en ella:

N.º 1170.—Sánchez D. Julián, dentro del primer año de su ordenación.

León, 12 de Febrero de 1902.—Dr. Adolfo Pérez Muñoz, Maestrescuela-Secretario.



CÈDULAS

En la imprenta de este BOLETIN se siguen haciendo las cédulas de examen, confesión y comunión en las mismas condiciones que en años anteriores.

Se ruega á los Sres. Párrocos, Ecónomos ó encargados de las parroquias se sirvan hacer los pedidos lo más antes posible para poder cumplimentarles á su debido tiempo.

En el mismo Establecimiento se encuadernan los BOLETINES y cuantas obras se deseen. También se hallan á la venta Misales, Manuales de Sacramentos, Breviarios, Diurnos y toda clase de libros litúrgicos. Único representante en la provincia de la Librería Religiosa de Barcelona.